

"Más que voz, más que ala, más que filo..."

«Au pur délice sans chemin.»
(Mallarmé).

Hoy llueve obsesivamente. Yo quiero hablar de Carlos Edmundo de Ory. En esta alma nuestra, la poesía, también llueve obsesivamente. Se nos va quedando un barrizal de sentimentalismo egoísta. Miramos a las cosas: ¡Nada hacia nosotros! Y se nos levanta el soneto sin quererlo:

"Estoy cansado, lo que siempre digo."

En este día que llueve, el soneto es recuerdo de Carlos Edmundo y buscamos su más recargada poesía.

Sin embargo, yo me propongo hablar de lo otro. De aquello que, acaso, vosotros no conocéis. Que, acaso, nosotros tampoco conocemos. Pero que nos cabe la gloria de repetírnoslo constantemente, buscando—amando—su celeste astronomía.

CUANDO SUS PIES AZULES

A Carlos le han nacido los versos más limpiamente imaginativos que conozco.

*La casa, el vaso y si la siempreviva
no se pusiera en flor y si la cara
no se pusiera en flor y si dejara
la casa, el vaso y si muriera viva.*

Pero él ponía siempre, al final, sus manos con lunas difíciles y se le bandía una raíz hacia el íntimo espejo. Era el Carlos de los «Versos de Pronto», desbordante, apasionado, ingenuo; casi romántico. Entonces, el verso le nacía turbio e impreciso en mayoría.

Qué le importa a la gente que yo muera...

Verso de pasión, a ella entregado, desbordante—de nuevo—y con aquel no saberse del todo así mismo en las últimas composiciones—¿discursivas?—que acompañaban a los sonetos. Recuerdo, sin embargo, unas liras purísimas; recuerdo...

«Versos de Pronto» debiera ser editado en un libro espacioso, de papel espeso, con grandes caracteres negros en páginas casi blancas. Debiera ser un libro amado. Se escaparían, entonces, de él las músicas que ahora encierra indiferente. Se nos darían como los cielos y como la tierra.

Yo no sé si sabréis que de las cosas del Universo Pitágoras sorbía una muy extraña música. Yo no sé si sabréis que todo canta abierto y grande, rodando por su órbita. Yo no sé si sabréis que todo emana música íntima, meollo de verdad, intacta geometría. No sé qué rumor pequeño, que acalla la pasión e inventa ojos nuevos y sorprendentes, y nos hunde—y nos eleva—y encontramos mágicas formas, perfectos mundos, luz y fe, verdad, en una palabra.

Yo estoy hablando de la esencia poética de las cosas. Manifestada—perdonad mi expresión—en el «tempo» de la frase, en su resonancia, en su eufonía. Lo épico hacia el nombre concreto vertido en el romance. Rubén hacia la palabra rica, luminosa, colorista, musical. Los parnasianos hacia términos íntimos, vagos, huidizos, de trasfondo esfumado, hacia una más delicada visión donde la vida es presencia de lo último en yo no sé qué «rumor de besos y batir de alas».

¿Y Carlos? En «Versos de Pronto» nacía ya aquella su música—¡ésta su música!—. Yo recuerdo unas liras purísimas. Y los versos más limpiamente imaginativos que conozco.

La casa, el vaso y si la siempreviva...